

## La metafísica de M. F. Sciacca

Sciacca rechaza el immanentismo fenomenista, tanto en la dirección naturalística, como en la historicística, cuyo único interés es el mundo, lo mundano. Asimismo, afirma que la filosofía no puede reducirse a la ciencia ni depender de ella.

La experiencia filosófica es una experiencia integral y unitaria. La tarea de la filosofía, dice Sciacca, es la clarificación de mí mismo en el misterio del Ser, donde reside la clave del enigma de mi ser. La filosofía busca, pues, el sentido de la vida, de nuestra vida.

Sciacca no busca un elemento formal a priori, constitutivo de la objetividad del conocer o del juzgar, ya que esto supone reducir el ser a una forma o categoría (gnoseologismo). Sciacca busca el constitutivo del ente espiritual en cuanto tal, el fundamento del conocer y propone la ontología como aquella ciencia que estudia el ser en tanto en cuanto está presente a la mente, es decir, el ser en cuanto Idea. El interés de Sciacca es, así, fundamentar el ente espiritual, sin plantear lo que pueda haber de necesario en el conocimiento humano, sino buscando el constitutivo del sujeto humano. La intuición originaria del ser como Idea debe asumirse, primariamente, en un sentido ontológico-metafísico.

El problema ontológico se plantea, pues, como problema del ser-verdad primera, que coincide con el de la interioridad o del espíritu como acto. La metafísica de Sciacca es, de esta manera, una metafísica del hombre, una metafísica espiritualista y no naturalística.

El sentido de nuestra vida reside en el ser. La filosofía indaga sobre la verdad primera del ser, que es verdad interior y más íntima a nosotros que nosotros mismos. El ser, para Sciacca, es presencia. El no-ser es la imagen de lo contingente (ser no pleno), posible por la presencia del ser, que no es total e incluye una ausencia. Así pues, todo lo que existe es dialéctico. Al ser, dice Sciacca,

no se llega, sino que somos en el ser. El ser está en el mismo problema del ser y, como principio no es problema. El ser es el aguijón de todo nuestro pensar. Somos en el ser y, sin embargo, buscamos nuestro ser: Ser y devenir no se excluyen, el ser es hacerse jamás cumplido, es el acto que es y es siempre en la búsqueda de su ser pleno. No buscamos porque todavía no hayamos encontrado, nada tenemos que encontrar: Buscamos el ser en que somos para ahondarlo, para cumplirlo, para actuarlo, para que no se nos escape con él nuestro ser. Buscamos nuestro ser en el Ser para hacernos cara al infinito. Vemos en el ser, a través del ser, pero con los ojos inmersos en el ser. Dudar del ser es enmudecer, retoricismo. Si dejo en suspenso el ser, anulo el pensamiento. La filosofía es una interrogación a partir del ser.

Sciacca rechaza el realismo científicista y logicista, un realismo no ontológico basado en un acuerdo de datos y fórmulas. Asimismo rechaza el idealismo que afirma que nada hay fuera de lo que se conoce, que el ser es lo que se conoce, que el ser es el conocer. Si el realismo científicista reduce el ser a lo real inmediato tal como se manifiesta en la experiencia inmediata, el idealismo reduce lo real al conocer, volviendo imposible el mismo conocer, viéndose obligado a hacer poner el objeto por el sujeto (el ser se actúa totalmente en el pensamiento con el cual coincide). El idealismo, dice Sciacca disuelve el ser en el pensamiento y éste en el devenir, sin poder salvar a uno ni a otro.

Tanto el realismo científicista como el idealismo identifican ser y realidad (naturaleza) y están convencidos de que ser y pensamiento se oponen. Esta antítesis, afirma nuestro pensador, es aparente: Decir que el sujeto es conocimiento o posición de lo real-natural es decir que el sujeto se adecua a ello, es inmanentismo. Sciacca aboga por una distinción subsistente en el seno de la unión inescindible de ser y pensamiento, es decir, se coloca en el interior del ser que es vida y luz del pensamiento y en el interior del pensamiento viviente en el ser, fundando una ontología dialéctica de implicación y copresencia, que afirma y opone sin excluir. El pensamiento no puede pensar fuera del ser y el ser estarse a solas consigo mismo. El pensamiento es interior al ser, se mueve en el ser y de él se nutre. Sólo en la intimidad del ser, el pensamiento está presente a sí mismo. El ser sólo es pensado en cuanto está presente en la intimidad del pensar, lo cual no quiere decir que todo el ser sea el ser presente e íntimo al pensamiento. No se trata de una suma, sino de una síntesis copresencial. Es la dialéctica propia de la Filosofía de la Integralidad sciaquiiana; la dialéctica del ser que «dura» y no «deviene»; del ser inmutablemente ser, pero no inmóvilmente ser; del ser que atestigua su infinita capacidad de enriquecimiento.

Ser y no-ser, copresentes, forman una unidad en el ser finito. El

no-ser es el límite esencial del ser. El ser no está fuera del no-ser, que le es inmanente y le hace tenso a la plenitud. Mi ser no sería sin su límite o no-ser. Al ser el no-ser el límite esencial del ser, éste es desarrollo, tensión hacia su plenitud: El devenir es ya inherente a la síntesis ontológica. No hay presencia sin ausencia: La plenitud es una exigencia intrínseca al dinamismo espiritual e irrealizable en el orden humano.

El acto de la conciencia originaria es siempre conciencia de la presencia de un objeto infinito, toma de posesión de un contenido inagotable, conciencia de un objeto interior que sobrepasa al mismo acto y lo estimula. Este objeto inagotable, interior e infinito, que es la esencia del ente espiritual y por el cual el espíritu es espíritu, es el ser en la forma en que puede estar presente a la mente, es decir, como Idea, intuición originaria y ontológica. El problema de la metafísica es el del ser como acto objetivo y constitutivo del ente espiritual, que sobrepasa la experiencia en virtud de su misma esencia (al revés de la trascendentalidad).

La esencia del ser no sería sin la mente y la mente no sería sin la presencia del ser (tensión dialéctica). El ser es dialéctico en relación con la mente, de la cual es objeto interior. El ser-Idea es el objeto primero de la mente, conocido naturalmente e intuido originariamente por ella. Es la unidad originaria de mente y ser. El ser-Idea es, pues, la verdad ontológica absoluta.

No cabe, dice Sciacca, la objeción de que la esencia del ser es relativa, ya que el ser en relación es distinto del ser relativo. La esencia del ser no sería sin una mente, pero sería sin la mente creada, en cuanto sería objeto de la Mente increada.

Todo lo real-natural no puede agotar la verdad ontológica absoluta. Lo real finito no puede agotar la esencia del ser infinito. La mente intuye el ser en su infinitud como Idea y esta verdad ontológica absoluta le viene dada a la mente por el Ser en sí. A través del Idea, la mente participa del Ser en sí.

El ser finito no puede cumplir en lo real lo infinito del ser presente a la mente. Su existencia, como adecuación a la Idea, es su vocación esencial, su vocación al Ser absoluto. El sujeto espiritual como concepto de sí mismo es una verdad ontológica relativa, posible en cuanto intuye la Idea o verdad ontológica absoluta. En su verdad ontológica relativa se halla inmanente la Idea que, al no ser agotada por el concepto de sí misma, está inmanente trascendiendo la verdad ontológica relativa. Así, el existente espiritual es dialéctico, tensión entre su existencia y su esencia, que es el acto primero ontológico, inactuable en su plenitud en el orden real. A este acto ontológico primero le da Sciacca el nombre de Interioridad Objetiva.

La Interioridad Objetiva lo es de un sujeto existente, unidad de

sentir corpóreo, intelectual y volitivo. El sentir fundamental es el principio de la subjetividad pura, la intuición fundamental del ser-Idea es el principio de la objetividad pura: Su unidad es la síntesis ontológica primitiva, síntesis de sentir, pensar y querer ser esta unidad. Subjetividad y objetividad son, pues, distintas, pero indisolubles y entendidas como principios ontológicos. La objetividad de la Idea tiene su determinación intrínseca dada por el sentimiento fundamental (la subjetividad). Es el nudo ontológico de la síntesis fundamental del existir y de la intuición fundamental del ser-Idea, el existente humano en su existencia (subjetividad) y en su esencia (objetividad).

El ser-Idea no es ni función, ni forma, ni ley del conocer, sino el fundamento de todo conocimiento a partir de la autoconciencia (precede al juicio y es madre de todos los conceptos). Es la verdad de todas las cosas, sin que ninguna determinación pueda agotarla.

La primera toma de posesión refleja de la síntesis primitiva ontológica, es la conciencia de sí o autoconciencia, su primera determinación ontológica, interior al mismo acto. El objeto primero constitutivo de la subjetividad, dado a ella, en ella presente y de ella distinto, hace que la autoconciencia no se identifique con la Interioridad Objetiva ni la agote. La autoconciencia se integra en actos ulteriores hasta que, de serle permitido, se actúa totalmente en un acto absoluto (autoconciencia total actuadora de la Interioridad Objetiva). El ser-Idea es la palabra interior que el ente se pronuncia a sí mismo y con el que adquiere conciencia de sí, primera determinación de la Interioridad Objetiva.

Así como el ser-Idea se extiende infinitamente, el sujeto inteligente se extiende más allá de sí mismo y de lo real. La autoconciencia tiende a una especificación que adecúe su acto con la Interioridad Objetiva, pero esto trasciende lo real.

El sujeto es inteligente por la presencia del ser. La Idea es el constitutivo ontológico de la inteligencia. La inteligencia, sin embargo no es la causa de la Idea. El acto primero ontológico o la intuición originaria del ser es un acto unitario constituido por la esencia del ser y por el sujeto intuyente. El primer acto de la inteligencia se inscribe siempre en el ser como Idea, el ser en toda su extensión infinita. Este primer acto constituye al sujeto en inteligente. El acto primero es la intuición de lo infinito de la Idea: La demasía del espíritu sobre la naturaleza es una condición ontológica originaria y esencial, no una mera exigencia. La Idea siempre permanece distinta del acto primero de la intuición (acto de un sujeto finito). La Idea no se resuelve en el acto que la intuye, sino que lo trasciende. No hay un acto del sujeto que pueda actualizar la infinitud de la Idea. La demasía de la Idea activa la existencialización del ser y la esencialización del existente.

La inteligencia es acto, el acto constituido por la presencia de la

Idea. Por otra parte, el acto de intuición es distinto del ser-objeto (dialéctica abierta de acto y ser).

La Idea no puede ser por su propia virtud ni por la de una mente finita, de la que es el constitutivo. La Idea es por y para la Mente creadora del existente. Este no puede ser el cumplimiento de la Idea infinita, cuyo ser propio es el Ser infinito. La Idea, lumen de la mente creada, mira a la Luz creadora. La exigencia intrínseca de la esencia del ser es la de ser actuada y cumplida, hecho que sólo puede ser dado por el Existente absoluto. La exigencia de cumplimiento de la esencia del ser lo es también del existente, de quien es Idea. La Idea, radicada en el interior del espíritu, es el intermediario entre la criatura y el Creador, haciendo que el hombre que vive en el mundo no sea para él. La Idea es el logos creado, el mediador natural entre el hombre y Dios. Por ello, el hombre está en un estado de transnaturalidad.

Según Sciacca no hay intelecto en potencia. Es el acto constituido por el acto primero (intuición del ser) el que es potencia de actualidad, siendo el fundamento de todo conocer. El ser da luz a la mente y hace que sea inteligente. Su intrínseca unión con la mente es de presencia, de don. No es que el sujeto inteligente, en el acto con que capta la esencia del ser, ponga la Idea (pseudoidealismo), sino que ésta es puesta o dada por el sujeto que la pone, no en el sentido de hacerla ser, sino en el de ponerla tal cual es. El sujeto inteligente que adecúa la esencia del ser y es acto de sí mismo es el Existente absoluto: Dios.

Ninguna actuación puede agotar la infinitud del ser. El hombre, por esta presencia, tiene su infinita potencia de ser: Es la vertical del espíritu que no puede ser adecuado por la horizontalidad de lo real. El hombre trasciende lo real por la presencia del ser-Idea.

El existente es ens —esse, Dasein— Sein, iniciativa y libertad, capacidad infinita de actuación. Pero el esse no es adecuado por el ens.

El Acto absoluto es actual y no activo (acto = actualidad). El sujeto finito no es la totalidad del acto objetivo de su intuición y, por ello, exige su actividad. No hay que confundir el acto con su hacerse, con el devenir fenoménico-natural (hechos). El acto es espiritual y sólo el existente espiritual es acto. Sólo la persona es acto. La formación en el acto no es devenir, sino desarrollo interno, el hacerse cumplidamente a sí mismo. Lo que puede perecer no es acto. El acto es inmortal ya que, puesto como acto, es imperecedero. El Acto absoluto se autopone; el acto creado, una vez puesto, es inmortal: Su comienzo es contingente, pero no es transitorio. El ser-Idea hace que el proceso de actuación del espíritu finito se vea libre de términos espacio-temporales.

Sólo Dios se concibe existente prescindiendo de una mente que lo piense. Todo otro ser es «en relación con»: Lo es el ser-Idea, cuya

esencia participa del Ser en sí, pero sin serlo (es el lumen original que hace al hombre pensante); lo es todo ente contingente y finito ya que, antes de existir, es pensado por el Principio que lo hace existir. El hombre, sintiendo, hace existir a lo real, lo eleva de cosa a verdad, de hecho a acto. Lo real, iluminado por la Idea no es ciego. En definitiva, todo lo creado es dialéctico porque no es el Ser en sí, sino en relación con El. Y como el fin de la naturaleza es el hombre, es éste el que es dialéctico por esencia, en cuanto es en relación con Dios. Lo creado es tensión al Creador.

El hombre participa del ser en todas sus formas: Es un ente real existente (principio de subjetividad), inteligencia del ser (principio de objetividad) y, en cuanto voluntad libre, unión de lo real existente con la Idea (principio de la moralidad). Todo hombre es la síntesis viviente de las formas del ser en su distinción y unidad y, por ello, es imagen y semejanza de Dios.

En el hombre está presente la Idea, no el Ser en la plenitud de sus formas. Pero dicha presencia hace que él participe del Ser en sí. La Idea está presente en las mentes divina y humana, pero está en Dios de manera diversa de como está en el hombre. La Idea une a la criatura y al Creador, hace que aquélla sea a semejanza de Este. En Dios, la Idea se identifica con su mente (no es objeto dado, sino acto, sujeto); en el hombre es objeto y distinto de la mente, a la que es interior. El acto de Dios es Dios mismo; el hombre no es acto de sí mismo. El acto creador es absoluto y la criatura lo participa. Es la conciencia de la dependencia la que nos pone cara a cara con el Absoluto. No es una exigencia ontológica igualar al Absoluto y erigirse en autosuficiente. Nuestra existencia, arrancada de su fuente, se hundiría en la nada. En el reconocimiento del vínculo está nuestra grandeza. Acertar esto es, además, afirmar nuestra autonomía respecto de toda determinación ontológica de la naturaleza. La vocación del hombre no es abolir sus límites (plano de la vitalidad), sino que es la vocación metafísica fundamental, jamás actuada, que sólo el Ser puede darle. La dependencia necesaria y la participación ontológica excluyen la incompatibilidad metafísica entre el Ser infinito y los seres finitos que, aún no siendo por sí, son partícipes del Ser, son con un ser propio e indestructible. Esta dependencia les da autonomía y los hace fuente de verdad y de perfección, para que actúen por el fin esencial al que se hallan orientados.

La Idea, lumen de lo real, de la inteligencia y ley de la voluntad, hace que el hombre reúna lo real para dirigirlo al fin para el que ha sido creado. La inadecuación entre la mente finita y el lumen infinito por el que es mente (inadecuación entre el hombre y lo divino que hay en él, pertenencia de Dios sin ser Dios), es el estímulo del dinamismo humano.

El primer acto universal del ser, por el que el hombre participa

del Absoluto y es sujeto inteligente, trasciende el acto que es sujeto, aun siendo actual en él. La Idea trasciende lo existente, pero no puede escindirse de ella (inmanencia y trascendencia a la vez). El ser-Idea, por el que el hombre participa del Absoluto, forma una unidad con él de dependencia ontológica del acto creador y distingue a Dios del hombre haciéndole a este último triplemente dialéctico: En relación con el acto creador, que le da la existencia; en relación con el ser-Idea, que le da la inteligencia; en relación con el Ser absoluto, su fin último y su aspiración.

La potencia de aspiración al Ser es potencia de inspiración del mismo Ser. El Acto creador atrae al hombre hacia su cumplimiento. La infinitud de la Idea confiere al hombre la infinitud del espíritu, cuya total actualidad es un don del Ser.

Nosotros no buscaríamos el Ser si no participáramos del ser como existencia, mediante el acto creador, y como Idea, cuya presencia nos da la intuición. No buscaríamos el Ser si no se nos hubiera dado y si no se diera a nosotros con su sola presencia ante la mente que, sólo siendo mente en el ser, nos da la conciencia de que somos ser para el Ser.

El hombre es una síntesis de finito e infinito y de ahí el desequilibrio: La Idea sobrepasa la existencia y la pone en tensión a la plenitud, hacia el infinito que la trasciende. La Idea hace que el hombre existente participe de Dios a través de la Idea (lo divino que hay en el hombre) y, además, hace que el hombre tienda hacia el Ser absoluto. De ahí la inquietud del ser dialéctico por esencia que es el hombre respecto al mundo, a sus semejantes y a Dios. El ser escapa al hombre y le trasciende, estimulando con ello su dinamismo y exigiendo una ulterior actuación infinita que sólo Dios puede darle si quiere. Existir es, pues, un esencializar la existencia, una existencialización del valor. Al ser el Ser en sí la fuente de todo valor, todo acto del existente inscrito en el valor que expresa parcialmente, es acto de totalidad, no en cuanto actuación-poseción del Ser, sino en cuanto es sentido y querido con vistas al Ser y como donación del Ser, cuya totalidad sigue siendo un acto ulterior. Se trata de esencializar toda existencia en el valor (en el Ser), inscribiendo los actos en la eternidad del valor que, existenciado, hace eterno un momento indestructible del espíritu.

El hombre sigue, pues, la orientación intrínseca del espíritu al Ser, gracias a la brújula-faro de la presencia del ser en nosotros. Vivimos de una presencia, de un don. El ser está presente en cada acto, pero el Ser, en su inseidad, está ausente de cada uno de ellos. No se advertiría aquella ausencia sin la conciencia de ser en el ser. De aquí que el existente sea capaz de responsabilidades absolutas. Nuestra contingencia y la inactuabilidad total del acto ontológico cancelan el prestigio del mundo. Este desequilibrio entre la existencia y la Idea denuncia la finitud irreparable del existente y revela

intrínsecamente su demasía sobre la naturaleza. Esto denuncia el sofisma de las formas inmanentistas del idealismo moderno que ponen a la mente humana como ilimitada y absoluta, ilimitación no dada por la presencia del ser (Idea), sino por la Idea como ley o categoría del conocer (trascendentalidad). De ello se sigue que lo cognoscible es lo real-empírico y que la adecuación se establece entre la Idea y la realidad natural, mundana y finita, por lo que la mente resulta al fin y al cabo limitada y finita (la trascendentalidad totalmente actuada por el contenido de experiencia, forma de este contenido de experiencia, forma para este contenido de experiencia).

La mente humana es ilimitada porque es ilimitado y universal el ser que intuye, presencia iluminante y constitutiva de la mente, que no sólo es ley del conocimiento de lo real (gnoseologismo), sino también y ante todo, objeto a ella presente y de ella distinto. El conocer, por ende, es fundado.

La Idea no puede ser actuada ni por todo lo real cognoscible. Las filosofías inmanentistas del idealismo moderno creen dar al ser humano toda la autonomía e infinitud reduciendo el pensar a la llamada infinita del mundo: El hombre rebajado al nivel de la naturaleza.

Pero Dios nos ha creado al hombre ni por encima ni por debajo del hombre: Ha creado hombres, dándoles a cada uno el lumen de la primera verdad como constitutivo de cada espíritu singular, infinito por este lumen que lo orienta hacia una actualización que trasciende lo real-cognoscible. Esta es la superioridad del hombre sobre el mundo.

Si en el Ser absoluto, Existencia y Ser se identifican; en el existente creado, la existencia (subjetividad) y la Idea (objetividad), que le es interior, no se identifican, ya que el ser, en su absoluto e infinitud, le es dado como objeto y no como sujeto.

La persona no es el ser del cual participa. El ser-Idea no le pertenece propiamente, sino que pertenece al Ser infinito. El Ser nos comunica la Idea, no su existencia. Por ello, el existente finito participa del existente infinito a través de la Idea. Es la dialéctica perenne de participación e intervalo, de presencia y ausencia.

El ser-Idea hace que toda existencia, aún siendo limitada, implique una verdadera infinitud, una verdad concreta y viviente en tanto en cuanto es objeto interior e indisoluble del existente. El existente, aún siendo finito, manifiesta su infinitud en la esencia que lo constituye.

El existente, aún no pleno como ser, podrá serlo sólo si cada acto suyo es actuación de la infinitud del ser: A través del ser el existente se esencializa, esencia su existencia y la hace verdadera; la esencia, existenciándose, se singulariza.

El existir de cada hombre para sí mismo se encuentra con la

Idea como objeto. El hombre, al sentirse existir, es, simultáneamente, acto de intuición.

El hombre es más que la naturaleza porque tiene conciencia de la misma. Al hombre y sólo a él le pertenecen el orden del pensamiento en la luz de la Idea y el orden de la voluntad en la ley; le pertenecen la vida como organismo, pero también el espíritu. El universo, aún siendo necesario a la vida del hombre, no puede usarlo ni ligarlo a sí. El hombre, muriendo, no perece y si bien su existencia en el mundo no puede estar sin las realidades materiales, nada es más sólido que su existencia. Sin embargo, el existente es finito: El existente es un ser inestable que siempre debe conquistar y desarrollar su ser para merecer el nombre de ser. Su participación en el Ser revela su solidez-estabilidad y su intervalo respecto al Ser. El hombre no es el Ser y no puede por sí solo ser el cumplimiento del ser que es. La persona es siempre constituida y jamás hecha definitivamente: Siempre ser, pero jamás todo su ser.

Las cosas merecen morir (perecer) porque han nacido preceder. Sólo mueren, sin perecer jamás, las personas y las cosas que han tenido vida en la mente humana, ya que mueren con ellas y son inmortales con ellas. El existente muere (no perece) porque es inmortal. Nada permanece inmortal más que el instante de vida-existencia esenciada por un valor y la existencia es valor que se esencia en los valores sin estar jamás hecha del todo. Llegamos a ser nosotros mismos por nosotros y por los otros, pero seremos enteramente nosotros por el Otro. La dialéctica existente en el hombre no se daría si el existente no fuera voluntad de participación en el Ser a través de la Idea en una dialéctica de entrega y de esperanza.

La existencia es tal si es actualización del valor que ella es y de los valores que puede expresar, es tal si actúa la esencia que implica y en la que se halla implicada. Lo puramente existencial es lo temporáneo (no lo temporal), lo diario que no hace historia, lo caduco, lo superficial, lo variado, lo estético, lo que no esencia ningún momento existencial. Se pasa de una cosa a otra, se vive sin historia, no se ahonda nada, falta continuidad (tiempo empírico). Es el plano de la temporaneidad sin temporalidad, donde los momentos existenciales carecen de sentido y de valor, donde la existencia se encuentra vacía.

Pero jamás se logra arrancar la existencia del ser que la constituye y, así existir no es extenderse en la superficie, sino concentrarse en la profundidad. Sólo el instante de existencia volcada a la esencialidad hace historia. Privar a la existencia de su esencia y afirmar que ella, determinándose, se da su esencia, tantas esencias cuantas son sus determinaciones, es rellenarla del vacío, es identificarla con las situaciones, todas ellas transitorias y carentes de permanencia: Es la multiplicación de la esencia en muchas esencias inesenciales, concluyendo en la nada del existente.

Ni esencialismos ni existencialismos: La existencia como existir en lo esencial. No temporaneidad, sino temporalidad. No tiempo empírico, sino histórico. No el momento, sino el instante. Esta es la dialéctica de implicación y copresencia de existencia y de esencia, de existencia y de valor. Existir es proceso de trascendencia y no derramamiento en la horizontalidad. Existir es crecimiento en la verticalidad de la Idea y de los valores que se inscriben en el Ser en sí. Existir es un proceso de libertad y de amor: El valor tiene como el impulso de darse a la existencia para que ésta alcance su plenitud. La historia, entonces, se convierte en valiosa por los valores que en ella se manifiestan. El existente, atraído por el valor, se entrega a él para expresarlo. En definitiva, el valor se sacrifica en la pequeñez del acto existencial para que éste sea inmortal y el hombre sea hombre de valor; el existente se sacrifica anonadándose frente al valor a fin de resurgir esenciado.

El hombre no puede vivir sino en el mundo (su condición de vida) dado que también es cuerpo, pero esto no quiere decir que no pueda existir sino en el mundo. La muerte es cesación de la vitalidad, no de la existencia, ligada indisolublemente con el principio de la espiritualidad. La vida, para el hombre, es accidental, aunque necesaria para vivir en el mundo. La vida es una prueba y vale lo que vale la existencia. Si perece la vida de cada hombre singular, no perece su singularidad (su existencia). El hombre, una vez creado, es inmortal, en cuanto que es subjetividad espiritual, que es tal por la Idea eterna que le es presente y la constituye. Como singularidad o existencia tiene la dimensión infinita del ser como Idea. La vitalidad es, pues, un medio (el hombre vive para existir); la espiritualidad es un fin. El vivir tiene su significado en el sobrevivir, pero el existente hace su prueba y desarrolla su personalidad a través de la vida. El hombre vive para existir, para expresar a través de las cosas los valores. Así, viviendo, el hombre actúa su existencia y hace su ser en la existencialización de los valores. El hombre tiene el cometido de hacer la propia existencia en el ser, desvelando, dando existencia y haciéndose propias las cosas creadas por Dios.

La acción del hombre sobre el mundo no se dirige a asimilar al mundo; tampoco se trata de reducir el mundo al hombre. Si el hombre se priva de su alteridad, la rechaza, se priva de las mismas posibilidades de su vida y de su existencia: No hace su ser. La acción del hombre en el mundo es de transfiguración: Hacer del mundo un testimonio de un diálogo de valores. Es la respuesta que lo creado da a Dios, un diálogo en el orden del ser, un usar del mundo para rendirse ante los valores y el Valor.

El espíritu, acto por esencia, hace pasar a las cosas del plano de la realidad al plano de la existencia. Lo creado es otro respecto a Dios. Mientras las cosas son lo otro del hombre, su semejante es el otro hombre. Entre Dios y el hombre hay una incompatibilidad me-

taffsica, al igual que entre Dios y los entes reales. Pero el hombre participa de Dios, de modo eminente, por lo divino que hay en él, por la Idea, que es lumen de su mente. Es por esta razón que el hombre es semejante a sus semejantes, los otros existentes como él.

El acto de amor o reconocimiento a Dios debe ser, o mejor dicho, sólo puede ser total e incondicionado (elección absoluta). Al hombre le es continuamente renovado el don de la creación para que edifique su ser moral en el don de sí mismo al prójimo en el que ama a Dios. La reciprocidad entre existentes se da en el plano de la espiritualidad.

La forma moral del ser es el vínculo entre el ser existencial y el ser-Idea. La Idea, principio de la objetividad, amada por el sujeto, es el ser moral. Y como existencia e Idea forman unidad, el existente, en la intuición de la Idea, ama el propio ser y actúa el propio vínculo (amor natural de sí mismo). El amor, pues, es el acto integral del hombre que es inteligencia de amor. Por esto, el ser moral incluye el ser existencial-real y el ser objetivo y el ser amoroso es la unión con el ser, siendo la Idea la mediadora, ya que el sujeto no podrá querer nada ni a nadie sin o fuera de la intuición del ser, sin el lumen originario de la verdad.

Al igual que hay un conocimiento por intuición, hay una moral de intuición directa. Una moral de pura razón es una moral de cálculo, una ética. La moral, sin excluir la razón ética, la engloba en la inteligencia moral. La sola razón no basta, hace falta el acto de reconocimiento, la inteligencia de amor, la inteligencia moral.

El acto moral, acto de libertad, hace que el hombre conozca y ame y que el amor sea inteligencia. La medida del amor es lo infinito del ser amado en los entes que lo existencian. El acto moral, acto de amor, es la síntesis nueva entre la existencia y la Idea. De ahí la «violencia» del amor en la luz de la verdad. El alma, abierta al infinito en que la existencia se radica, rebasa siempre todo lanzamiento del alma. Dentro del hombre es donde habita la ley moral, el ser luminoso y la voluntad libre.

Respecto a las cosas, el acto moral es el querer en el orden del ser. El amor me lanza al infinito porque infinito es el ser que lo alimenta. El amor, desvelando el grado de ser de cada cosa, revela su profundidad y su sentido infinito. El amor se extiende desde la creación hasta el sacrificio total: Es el testimonio que la norma del ser moral exige en nombre del Ser que es Amor.

#### BIBLIOGRAFIA

- Pier Paolo Ottonello: *Bibliografia di M. F. Sciacca* (dal 1931 al 1968). Marzorati Editori, Milano, 1969.

- Obras Completas de M. F. Sciacca: 47 volúmenes editados por Marzorati Editore (Milano) y Città Nuova Editrice (Roma).
- M. F. Sciacca: *Atto ed essere*. IV edizione riveduta, Marzorati Editore, Milano.  
Traducción Española: *Acto y ser*. Editorial Luis Miracle, Barcelona, 1.ª edición, 1961.  
(El artículo presente se centra en esta obra y siguiendo la traducción española.)
- Las siguientes obras de M. F. Sciacca están traducidas al español: *La interioridad objetiva* (exposición sucinta de todo el pensamiento filosófico de M. F. Sciacca). *El silencio y la palabra* (Cómo se vence en Waterloo), libro de «meditaciones filosóficas». *Metafísica*, *gnoseología y moral* (sobre el pensamiento de A. Rosmini), editorial Gredos. *El hombre, este desequilibrado* (libro de antropología metafísica y de ética). *La filosofía, hoy* (libro de Historia de la Filosofía Contemporánea), editorial Escelicer. *Muerte e inmortalidad*. *Mi itinerario a Cristo* (la Clepsidra), autobiografía. *En espíritu y verdad* (colección de pensamientos), editorial Escelicer. *Estudios sobre filosofía moderna*. *Dios y la religión en la filosofía actual*, *La libertad y el tiempo*. *Cultura y anticultura* (traducción parcial de *Gli arietti contro la verticale*), Ediciones Paulinas. *Iglesia y mundo moderno*. *El oscurecimiento de la inteligencia*, editorial Gredos. *La hora de Cristo*. *Perspectiva de la metafísica de Santo Tomás*, editorial Speiro. *San Agustín* (agotada la edición). *Pascal* (agotada la edición).  
Todas las obras traducidas al español en las que no figure la editorial pertenecen a Luis Miracle editor, de Barcelona.
- Otras obras de M. F. Sciacca:  
*Herejías y verdades de nuestro tiempo*, Edit. Luis Miracle, Barcelona, 1.ª edición, 1958 (recoge ensayos de Sciacca). *Sísifo sube al calvario*, Editorial Luis Miracle, Barcelona, 1.ª edición, 1964 (recoge ensayos de Sciacca).  
*El pensamiento filosófico de A. Rosmini*, Edit. L. Miracle, Barcelona, 1.ª edición, 1954.  
*La filosofía y el concepto de filosofía*, Edit. Troquel, B. Aires, 3.ª edición, 1962.  
*Perspectivas de nuestro tiempo*, Edit. Troquel, B. Aires, 1958.  
*Lezioni di filosofia della historia*, Tipografia Editrice Compositori, Bologna.  
*S. Agustin et le néoplatonisme*, Public. Univ. de Louvain, Nauwelaerts, Paris, 1956.  
*El problema de la educación*, Edit. L. Miracle, Barcelona.  
*El pensamiento católico en Italia*, Imprenta Rivadeneira, Madrid, 2.ª edición, 1961.
- Estudios sobre M. F. Sciacca:  
M. Stefani: *Il problema de la fondazione del finito nello sviluppo del pensiero di M. F. Sciacca* (Città Nuova Editrice) — G. Giannini: *La filosofia dell'integralità* (Marzorati) — J. Alberto Soto: *Hacia un concepto de persona* (Public. de la Univ. de Costa Rica) — A. Dentone: *La problematica morale nella filosofia dell'integralità* (Marzorati) — E. Pignoloni: *Genesis e sviluppo del rosminianesimo nel pensiero de M. F. Sciacca* (Marzorati) — A. Negri: *Dall'attualismo alla filosofia dell'integralità* (Forlì) — A. Caturelli: *Metafísica de la integralidad* (Public. de la Univ. de Córdoba) — S. Cavaciuti: *Momenti dell'ontologia contemporanea* (Città Nuova)

- va) — S. Muruzábal: *Acercamiento a la antropología filosófica de M. F. Sciacca* (Revista *Analecta Calasactiana*: 1969-1970-1971) — V. A. Minuciano: *L'intersoggettività nella filosofia di M. F. Sciacca* (Pontificia Universitas Gregoriana, Roma) — S. Alberghi: *Metafisica e spiritualisti contemporanei* (Marzorati) — G. Giannini: *I presupposti della trascendenza* (Marzorati) — U. A. Padovani: *Metafisica classica e pensiero moderno* (Marzorati) — A. Nobile Ventura: *Colloquio con M. F. Sciacca* (Marzorati) — M. Gonzalo Casas: *Sciacca* (Columba) — A. Cantoni: *M. F. Sciacca* (S.E.I., Torino) — F. Petrini: *Saggio sul pensiero di M. F. Sciacca* (Ediz. Paoline, Roma) — F. Piemontese: *La veritas agostiniana e l'agostinismo perenne* (Marzorati) — F. Piemontese: *La dottrina del sentimento fondamentale nella filosofia de A. Rosmini* (Marzorati).
- Estudios en colaboración sobre Sciacca:  
*M. F. Sciacca* (Il occasione del 30.º anno di cattedra universitaria), Marzorati — *Atti del III Congresso Regionale di Filosofia* (Ediz. Spes, Milazzo) — *El pensamiento de M. F. Sciacca* (Homenaje), Troquel — *M. F. Sciacca* (In occasione del ventesimo anno d'insegnamento universitario), Marzorati — *Quaderni della «Cattedra Rosmini»*, VIII, Citta Nuova — *Rivista Rosminiana di filosofia e di cultura*: Fasc. IV, 1976 — *M. F. Sciacca* (Ensayos de varios autores), Marzorati — Número extraordinario de la revista *Crisis* n.º 58-60, 1968 — Número dedicado a M. F. Sciacca de la revista *Folia Humanística*: N.º 69, 1968 — Número 4-6 (1976) del *Giornale di Metafisica* — Revista *Espiritu*, n.º 57 (1968), en su sexagésimo aniversario.
- La revista *Verbo* (Edit. Speiro, Madrid), ha publicado numerosos artículos de M. F. Sciacca.

NARCISO JUANOLA SOLER